



Cuaderno monográfico

Presentación a *Estética y política: arte, democracia y desacuerdo*

Miguel Corella Lacasa (coordinador)¹

El consenso se ha presentado como el modelo ideal para cualquier procedimiento que implique el debate entre ideas, sea en el ámbito propiamente político, en el de la educación, la cultura o las relaciones sociales en general. Hemos sido educados en la idea de que cada cual ha de renunciar a parte de sus pretensiones en aras del bien común, tratando de controlar los impulsos egoístas y cultivar los hábitos de la colaboración. Esta idea se ha impuesto de tal modo que se ha llegado a identificar consenso con democracia y a considerar consiguientemente el desacuerdo como su principal enemigo.

Para este modelo consensual de democracia la virtud ciudadana más apreciada sería la capacidad de renuncia, al deseo y a las emociones, a aquello que nos hace diferentes; renuncia en definitiva a lo que nos define en el juego entre la identidad y la diferencia, entre lo que somos y lo que no. Por otra parte, el bien común que aspiramos a lograr mediante el consenso puede llegar a ser, en tanto que fruto de la cesión de unos y otros, un bien devaluado, un acuerdo de mínimos, un “café para todos” y —en el mejor de los casos— un término medio equitativo que nos obliga a aceptar nuestra renuncia a la libertad como sacrificio necesario para lograr la igualdad.

Lo más grave es que el modelo consensual ha socavado la esencia conflictiva de nuestra democracia. Una democracia que surgió en Europa con las revoluciones burguesas del siglo XIX como articulación de dos lógicas contradictorias, de un lado, la afirmación de la libertad individual; de otro, el logro de la igualdad y el respeto de la soberanía popular.

Como consecuencia del triunfo de este modelo consensual, la democracia se encuentra en un momento de profunda inestabilidad y desafección. La aceptación de las políticas neoliberales como única vía de modernización ha puesto en entredicho las bases de nuestro modelo de democracia. La tensión entre los principios de igualdad y libertad se organizó como una lucha entre izquierda y derecha que hoy la hegemonía del neoliberalismo ha vaciado progresivamente de sentido. Esto se debe a que el debate en torno a la articulación de estos dos grandes principios ha sido reducido a la alternancia de partidos profesionalizados que se enfrentan retóricamente, pero que, en realidad, colaboran en el mantenimiento del *statu quo*. La apariencia de que

¹ mcorella@har.upv.es
Universitat Politècnica de València
<https://orcid.org/0000-0002-9465-6988>

se discute en torno a alternativas claramente diferenciadas esconde en realidad un acuerdo de base y esto hace que el conflicto se traslade a los márgenes del sistema político, sea reclamando una renovación de la democracia, sea generando reacciones antidemocráticas.

Si es verdad que la discusión y la expresión del conflicto son esenciales a la democracia hemos de sospechar que este simulacro de combate supone una degradación muy preocupante de la misma. Es urgente desenmascarar la cara oculta del consenso, un consenso que anula las diferencias en su interior, imponiendo formas cada vez más refinadas de uniformización social; un consenso que excluye también hacia afuera, tal como las dificultades para reconocer los derechos de ciudadanía a los inmigrantes hace patente hoy en Europa. Hoy parece más necesario que nunca ejercer lo que Javier Muguerza definió como “imperativo del disenso” y que obliga a expresar nuestra discordancia con cualquier situación que atente contra la libertad y la igualdad².

En paralelo a la crisis de representación política de los partidos, los ciudadanos han visto reducidas las posibilidades de influir en las instituciones. En ellas son convocados a participar para decidir acerca de la mejor manera de gestionar sus derechos sin poder cuestionar las leyes del mercado marcadas por la oligarquía. El *demos*, el pueblo soberano, se ha convertido en una categoría “zombi” y ahora vivimos en sociedades posdemocráticas³. Mientras tanto, las políticas neoliberales han aumentado las diferencias entre ciudadanos, generando desigualdades que ya no sólo afectan a las clases populares sino a buena parte de las clases medias.

En este contexto de crisis democrática, han surgido diferentes movimientos sociales que pretenden paliar las desigualdades del capitalismo salvaje y recuperar la voz del pueblo confiscada por las élites financieras. Para Judith Butler⁴ la lucha de estos movimientos por convertir el pueblo en un campo abierto a elaboraciones más amplias de la democracia es la estrategia fundamental para asumir y perseguir la igualdad. Las acciones de estos movimientos se identificarían con lo que Carl Boggs⁵ denominó “políticas prefigurativas”: prácticas políticas que encarnan en su estructura organizativa nuevas formas de relaciones sociales, toma de decisiones, cultura y experiencia humana. En esta línea John Holloway⁶ considera que la lógica que comparten estos movimientos populares respondería al siguiente enunciado: *Refuse-and-create*. Más que como estrategia para la conquista del Estado, Holloway las concibe como movimientos intersticiales que crean diferentes *cracks* en la estructura del sistema y proponen modos alternativos de interactuar que *prefiguran* un modo de vida post-capitalista.

Otra consecuencia de la actual crisis de la democracia es el cuestionamiento del papel de las emociones y afectos en la política. Si el modelo consensual de la democracia suponía que los actores políticos actúan a partir de deliberaciones racionales y cálculo de intereses, la voluntad de ampliar los límites de la democracia

² Cfr. Camps, V., «Javier Muguerza: perplejidades de la razón», en Aramayo, R.R. y Álvarez, J.F. (eds.), *Disenso e incertidumbre. Un homenaje a Javier Muguerza*, CSIC, Madrid, Plaza y Janés, 2006, págs. 75-86.

³ Cfr. Mouffé, Ch., *Por un populismo de izquierdas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

⁴ Cfr. Butler, J., *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*, Barcelona, Paidós, 2017.

⁵ Cfr. Boggs, C., «Marxism, Prefigurative Communism, and the Problem of Workers' Control», en *Radical America* nº 11 (1977).

⁶ Cfr. Holloway, J., *Crack Capitalism*, London, Pluto, 2010.

nos lleva hoy a preguntarnos por el potencial de cambio que emociones como el desencanto, el miedo o la indignación están cobrando. Si bien la filosofía política había reconocido siempre el papel del patriotismo, la fraternidad o la empatía, una concepción pluralista de la democracia debe manejar sentimientos como el empoderamiento, la rebeldía y el inconformismo o emociones como la rabia, la indignación o la frustración.

Frente a la tradicional identificación entre democracia y consenso, hoy en crisis, el monográfico *Estética y política: arte, democracia y desacuerdo* aspira a presentar posibles poéticas de la discrepancia y analizar su capacidad para impulsar un modelo de democracia más plural y participativo. Los trabajos aquí expuestos no solo tratan de dar a conocer las prácticas que articulan dichas poéticas, sino entenderlas a partir de teorías que provienen del ámbito de la estética y de la filosofía política.

Desde el ámbito de la estética, se ha teorizado sobre cómo se relacionan las prácticas artísticas con la política y el papel que pueden jugar las instituciones artísticas en la configuración de una democracia plural y radical. En *Prácticas artísticas y democracia agonística*⁷ Mouffe parte de una concepción de lo político como la dimensión antagonista inherente a las sociedades humanas y subraya la necesidad de que ese antagonismo se articule aceptando las reglas del juego democrático. A partir de esa premisa, señala las prácticas artísticas y culturales como fundamentales en política, pues participan en la construcción de identidades colectivas, pudiendo contribuir a la reproducción del sentido comúnmente aceptado o, por el contrario, trabajar en su impugnación. Nos interesa aquí preguntarnos por esa dimensión política de las prácticas artísticas, incidiendo en aquellas que intentan, por medio del trabajo con las pasiones, con aquello que mantiene un sustrato no racionalizable, socavar el orden simbólico dado, sacar a la luz los conflictos que el sistema hegemónico quiere neutralizar, cuestionar los consensos homogeneizadores y fomentar el disenso.

Desde el ámbito de la filosofía política, autores como Jacques Rancière, Antonio Negri o Chantal Mouffe, entre otros, han denunciado la conversión de lo político, que en rigor sería el ámbito para la expresión del conflicto y la denuncia de la desigualdad, en la simple administración de intereses particulares. Se trataría de una mutación de la política con mayúsculas en mera gestión técnica, en que cada grupo de presión pugna por presentar sus razones como interés común. La actual era pospolítica se fundamenta en el “consenso en el centro” entre los partidos de derecha y de izquierda sobre la idea de que no hay alternativa a la globalización neoliberal.

Pero la actual crisis de la democracia constituye también la ocasión para renovar su impulso y ampliar sus límites, para dar voz a los singulares que son acallados por el acuerdo mayoritario, para la participación de los que quedaron fuera del reparto, de aquellos que, precisamente por haber sido excluidos, representan la voz del universal. Creemos que el presente nos obliga a repensar la función política del desacuerdo, la importancia de la disidencia, la necesidad de visibilizar las diferencias.

En suma, este monográfico pretende reflexionar sobre cómo las prácticas artísticas pueden re-politizar lo social apostando así por una democracia efectiva y plural. El ámbito del arte y la experiencia estética es, por definición, el territorio de las emociones y por ello constituye probablemente un lugar privilegiado para

⁷ Cfr. Mouffe, Ch., *Prácticas artísticas y democracia agonística*, Barcelona, MACBA y Universidad Autónoma de Barcelona, 2007.

entender el papel de los afectos en la construcción del sujeto y de la comunidad. Quizás por ello mismo el arte ha estado particularmente empeñado, al menos desde el Romanticismo, en el cuestionamiento crítico de todo consenso aceptado, denunciando que todo aquello que aceptamos como natural nació en realidad de la exclusión de otras posibilidades y es fruto de una violencia constitutiva que hemos olvidado. Frente a la tradición, al museo, a la Academia y también incluso contra el gusto del público, los artistas han jugado el papel del aguafiestas que viene a sembrar dudas respecto a cualquier certeza. Este monográfico es una invitación a revisar el papel del arte en la sociedad democrática y a preguntarse por la forma en que ese *pathos* del artista puede confluir con las emociones de los nuevos movimientos sociales y políticos: ¿qué papel puede tener una política del desacuerdo para impulsar una democracia más plural y participativa? ¿Cómo se traslada esta idea del diseño a las esferas de la creación artística y de la educación?

Pero este monográfico también quiere dar cabida a otras poéticas de articulación de resistencias que, desde la teoría o la práctica, realizan un esfuerzo agonista de conexión para poder erigirse en contrapoderes efectivos que tensionen los términos de debate institucional sin querer por ello erigirse en una institución o partido al uso. Estos agentes del cambio que organizan o plantean nuevas institucionalidades desde formas de gobierno emboscadas que exceden a la forma de guerrilla propuesta por Hardt/Negri, llegan para movilizar las pasiones y orientarse claramente a la transformación social. Algunos de ellos plantean y/o llevan a la práctica propuestas de vida postcapitalista que en su propia praxis configuran una distribución diferente de los espacios de transformación política/modos de gobierno, ejerciendo un cuestionamiento esencial de la libertad y poniendo en el centro la interdependencia y la vida. Por todo ello, nos parece interesante abrir este espacio de diálogo y de posible rearticulación de resistencias y creaciones vinculando luchas que permitan superar la fragmentación sectorial para consolidarse en frentes comunes.

[en] Presentation to *Aesthetics and politics: art, democracy and disagreement*

Consensus has been presented as the ideal model for any procedure that involves the debate between ideas, be it in the strictly political sphere, in that of education, culture or social relations in general. Thus we have been brought up to the idea that each one has to renounce part of his pretensions for the sake of the common good, trying to control selfish impulses and cultivate the habits of collaboration. This idea has been imposed in such a way that it has come to identify consensus with democracy and consequently consider disagreement as its main enemy.

For this consensual model of democracy, the most appreciated civic virtue would be the ability to renounce, desire and emotions, to what makes us different; In short, he renounces what defines us in the game between identity and difference, between what we are and what we are not. On the other hand, the common good that we aspire to achieve through consensus can become, as the result of the cession of both, a devalued good, a minimum agreement, a “coffee for all” and —in the best-case scenario - an equitable middle ground that forces us to accept our renunciation of freedom as a necessary sacrifice to achieve equality.

The worst thing is that the consensual model has undermined the conflictive essence of our democracy. A democracy that emerged in Europe with the bourgeois revolutions of the 19th century as an articulation of two contradictory logics, on the

one hand, the affirmation of individual freedom; on the other, the achievement of equality and respect for popular sovereignty.

As a consequence of the triumph of this consensual model, democracy is in a moment of profound instability and disaffection. The acceptance of neoliberal policies as the only means of modernization has called into question the foundations of our model of democracy. The tension between the principles of equality and freedom was organized as a struggle between left and right that today the hegemony of neoliberalism has progressively emptied of meaning. This is due to the fact that the debate around the articulation of these two great principles has been reduced to the alternation of professionalized parties that rhetorically confront each other, but that, in reality, collaborate in maintaining the status quo. The appearance that clearly differentiated alternatives are being discussed actually hides a basic agreement and this causes the conflict to move to the margins of the political system, either demanding a renewal of democracy or generating antidemocratic reactions.

If it is true that the discussion and expression of the conflict are essential to democracy, we must suspect that this mock combat represents a very worrying degradation of it. It is urgent to unmask the hidden face of consensus, a consensus that cancels out the differences within, imposing ever more refined forms of social uniformity; a consensus that also excludes the outside, just as the difficulties in recognizing the rights of citizenship to immigrants is evident today in Europe. Today it seems more necessary than ever to exercise what Javier Muguerza defined as the “imperative of dissent” and which forces us to express our disagreement with any situation that threatens freedom and equality.

In parallel to the crisis of political representation of the parties, citizens have seen reduced possibilities of influencing institutions. They are summoned to participate in order to decide on the best way to manage their rights without being able to question the market laws set by the oligarchy. The demos, the sovereign people, have become a “zombie” category and we now live in post-democratic societies. Meanwhile, neoliberal policies have increased the differences between citizens, generating inequalities that not only affect the popular classes but also a large part of the middle classes.

In this context of democratic crisis, different social movements have emerged that seek to alleviate the inequalities of savage capitalism and recover the voice of the people confiscated by the financial elites. For Judith Butler, the struggle of these movements to turn the people into a field open to broader elaborations of democracy is the fundamental strategy for assuming and pursuing equality. The actions of these movements would be identified with what Carl Boggs called “prefigurative politics”: political practices that embody in their organizational structure new forms of social relations, decision-making, culture and human experience. Along these lines, John Holloway considers that the logic shared by these popular movements would respond to the following statement: Refuse-and-create. More than as a strategy for the conquest of the State, Holloway conceives them as interstitial movements that create different cracks in the structure of the system and propose alternative ways of interacting that prefigure a post-capitalist way of life.

Another consequence of the current crisis of democracy is the questioning of the role of emotions and affects in politics. If the consensual model of democracy assumed that political actors act from rational deliberations and the calculation of interests, the will to expand the limits of democracy today leads us to ask ourselves

about the potential for change that emotions such as disenchantment, fear or the outrage are charging. While political philosophy had always recognized the role of patriotism, fraternity, or empathy, a pluralistic conception of democracy must deal with feelings such as empowerment, rebellion, and nonconformity or emotions such as anger, indignation, or frustration.

Faced with the traditional identification between democracy and consensus, today in crisis, the monographic *Aesthetics and politics: art, democracy and disagreement* aims to present possible poetics of discrepancy and analyze their capacity to promote a more plural and participatory model of democracy. The works exhibited here not only try to make known the practices that articulate these poetics, but also understand them from theories that come from the field of aesthetics and political philosophy.

From the field of aesthetics, it has been theorized about how artistic practices are related to politics and the role that artistic institutions can play in the configuration of a plural and radical democracy. In *Artistic Practices and Agonistic Democracy* Mouffe starts from a conception of the political as the antagonistic dimension inherent in human societies and underlines the need for this antagonism to be articulated by accepting the rules of the democratic game. Based on this premise, he points out artistic and cultural practices as fundamental in politics, since they participate in the construction of collective identities, being able to contribute to the reproduction of the commonly accepted meaning or, on the contrary, to work on their challenge. Here we are interested in asking ourselves about that political dimension of artistic practices, influencing those that attempt, through work with passions, with what maintains a non-rationalizable substrate, undermine the given symbolic order, bring to light the conflicts that the hegemonic system wants to neutralize, question homogenizing consensus and promote dissent.

From the field of political philosophy, authors such as Jacques Rancière, Antonio Negri or Chantal Mouffe, among others, have denounced the conversion of the political, which in fact would be the field for the expression of conflict and the denunciation of inequality, in the simple administration of particular interests. It would be a mutation of politics with capital letters into mere technical management, in which each pressure group struggles to present its reasons as a common interest. The current post-political era is based on the “consensus in the center” between the parties of the right and the left on the idea that there is no alternative to neoliberal globalization.

But the current crisis of democracy is also the occasion to renew its momentum and expand its limits, to give voice to the singular who are silenced by the majority agreement, for the participation of those who were left out of the distribution, of those who, precisely being excluded, they represent the voice of the universal. We believe that the present forces us to rethink the political function of disagreement, the importance of dissent, the need to make differences visible.

In sum, this monograph aims to reflect on how artistic practices can re-politicize the social, thus betting on an effective and plural democracy. The field of art and aesthetic experience is, by definition, the territory of emotions and therefore it is probably a privileged place to understand the role of affects in the construction of the subject and the community. Perhaps for this very reason art has been particularly committed, at least since Romanticism, to the critical questioning of all accepted consensus, denouncing that everything that we accept as natural was actually born from the exclusion of other possibilities and is the result of constitutive violence.

that we have forgotten. Faced with tradition, the museum, the Academy and even against the public's taste, the artists have played the role of the spoiler who comes to sow doubts regarding any certainty. This monograph is an invitation to review the role of art in democratic society and to ask ourselves about the way in which this pathos of the artist can converge with the emotions of the new social and political movements: what role can a politics of disagreement have to promote a more plural and participatory democracy? How is this idea of dissent transferred to the spheres of artistic creation and education?

But this monograph also wants to make room for other poetics of articulation of resistance that, from theory or practice, make an agonist effort of connection to be able to establish themselves as effective counterpowers that stress the terms of institutional debate without wanting to establish themselves in a institution or party to use. These agents of change who organize or propose new institutions from ambush forms of government that exceed the guerrilla form proposed by Hardt / Negri, arrive to mobilize passions and clearly orient themselves to social transformation. Some of them propose and / or put into practice post-capitalist life proposals that in their own praxis configure a different distribution of the spaces of political transformation / modes of government, exercising an essential questioning of freedom and putting interdependence and interdependence at the center. life. For all these reasons, we find it interesting to open this space for dialogue and possible rearticulation of resistance and creations linking struggles that allow overcoming sectoral fragmentation to consolidate on common fronts.